

ALYSON RICHMAN

LAS HORAS DE TERCIOPELO

Diseño de portada: Genoveva Saavedra / acidita
Fotoarte creado con imágenes de Shutterstock y iStock.

Título original: *The Velvet Hours*

© 2016, Alyson Richman Gordon

Traducción: Aura García-Junco

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2020
ISBN: 978-607-07-6184-3

Primera edición impresa en México: enero de 2020
ISBN: 978-607-07-6183-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*A la memoria de mi elegante abuela,
Hortense Elaine Kleiman
(1917-2016)
y para Charlotte, mi niña hermosa*

Escribimos para saborear la vida dos veces:
en el momento y en retrospectiva.

ANAÏS NIN

Solange
París, junio, 1940

Podía escuchar el sonido de los aviones afuera, su estruendo me llenaba de angustia. Lo único peor habría sido la alarma de una sirena anunciando un bombardeo. Me mordí el labio y me apresuré a tomar mi maleta.

Caminé por las habitaciones del departamento de mi abuela por última vez. Mi dedo se deslizó por los bordes de los muebles; dejé que mis ojos absorbieran la imagen de sus amadas porcelanas, de sus adornos tallados y, finalmente, de su magnífico retrato sobre la repisa de la chimenea. La única posesión de mi abuela que llevaría conmigo estaba oculta bajo el cuello de mi blusa, y sentirla contra mi piel me daba valor.

Aprendí muchas cosas de mi abuela en los últimos años, a pesar de que fue poco el tiempo que conviví con ella. Me enseñó que si se trataba de cambiar tu vida, lo mejor era no ponerte sentimental y apresurarte, así que eché un último vistazo a sus preciadas pertenencias y busqué en mi bolsa la llave.

Cerré la pesada puerta detrás de mí y metí la llave en la cerradura. El departamento de mi abuela y sus pertenencias se quedaron exactamente como ella lo pidió. El lugar estaba ya sellado como una tumba.

Mi nueva vida comenzó en el instante en que cerré la puerta de ese departamento, con los tesoros personales y secretos de mi abuela guardados en sus profundidades.

Sería otra historia enterrada en nuestra familia llena de reinenciones y cambios de nombre, de alquimistas y *connoisseurs* de la belleza y el amor.

Mi padre, un farmacéutico, creció sin saber de la existencia de su madre biológica hasta los dieciocho años, cuando la mujer de voz suave que lo crio le entregó una carta escrita por mi abuela.

—Una vez hice una promesa —le informó la mujer que él siempre había creído que era su madre—. Ahora tengo que decirte la verdad.

La carta estaba escrita en un papel grueso, de buena calidad, con una pequeña mariposa dorada estampada en altorrelieve en la parte superior. En la dirección del remitente se leía «Square La Bruyère, núm. 2». La letra era perfecta. Una pluma fuente de tinta negra se había deslizado con habilidad sobre la página para formar rebuscados ornamentos y trazos puntiagudos.

Mi querido hijo:

Para cuando leas esto, tendrás dieciocho años. Es difícil creer que te tuve hace tanto tiempo, cuando yo también era tan joven. Pero es importante que sepas que existo. No tengas miedo: no te exigiré que me llames «madre». Madame Franeau es la mujer que merece tal título y no tengo cómo disculparme por no ser un brillante ejemplo de virtud maternal. Pero si acaso sientes curiosidad, estoy aquí, siempre dispuesta a conocerte.

Su firma era grande y elegante; el nombre, totalmente desconocido para él: *Marthe de Florian*.

Dobló el papel, enderezó la espalda e hizo un esfuerzo por ocultar su incredulidad. Era casi imposible aceptar que no compar-

tía vínculo sanguíneo con la mujer sentada frente a él. Ambos tenían ojos pequeños y cafés, boca delgada y cabello oscuro; ambos se enfermaban con facilidad del estómago y preferían encerrarse en los libros u otros pasatiempos antes del esfuerzo que suponía mantener una conversación; a ambos los reconfortaban los animales pequeños: perros, gatos y pájaros. Su decisión de estudiar farmacéutica pareció natural para todos los que lo conocían desde niño, pues siempre le había gustado la química: los matraces, la mezcla de sustancias y la ciencia de crear cosas que pudieran sanar a alguien.

Madame Franeau trató de mantenerse estoica al hacer la inesperada revelación. Sus ojos estaban húmedos y vidriosos mientras él leía el papel, pero ni una sola lágrima brotó de ellos.

—No podía tener hijos —declaró finalmente.

Él miró hacia la ventana sin mostrar expresión alguna en su rostro, pero ella podía ver que sus pensamientos estaban muy lejos.

—La conocí en la primera sastrería en la que ella trabajó. Ambas éramos costureras, y nuestros días eran grises y desolados. Pasamos incontables horas haciéndoles bastillas a pantalones y ajustando el largo de las mangas. Acababa de casarme con tu padre... —La voz se le quebró. La palabra *padre* se atoró en su garganta, como si, después de tantos años de ser verdad, fuera de pronto una mentira—. Ella no estaba casada y no tenía muchas maneras de mantenerse, mientras que nosotros estábamos ansiosos de criar un hijo. Su única petición fue que supieras la verdad cuando fueras adulto.

Hizo una pausa y tomó un largo respiro.

—No me sentiré herida si decides conocerla. Ha cambiado tanto que yo... —Su voz se apagó—. Ella pertenece a otro mundo, uno que no me es sencillo explicar.

Él pasó los siguientes días examinando la carta. Cuando descansaba del estudio, la tomaba de su escritorio y miraba la letra manuscrita de Marthe.

Solo después de concluir el último de sus exámenes de admisión para la escuela de farmacéutica, decidió contestarle. El papel no era tan grueso ni la caligrafía impecable. En una hoja blanca y sencilla escribió:

Madame de Florian:

Me gustaría visitarla el siguiente martes a las cuatro. Por favor, infórmeme si estará libre. Como usted sabe, recientemente me enteré de que usar el apellido «Franeau» es un engaño, así que terminaré esta carta con el nombre que madame Franeau me ha dicho que es, en realidad, el mío.

Henri Beaugiron

Cuando tocó el timbre del departamento, el ama de llaves abrió la puerta y lo dejó pasar. El aire estaba cargado de fragancia de flores, y el espacio, abarrotado de colecciones de objetos y curiosidades de tierras exóticas. Se sintió incómodo aun antes de que ella apareciera. Había demasiadas cosas, demasiado terciopelo y satén. La casa en la que creció era sencilla: un cuarto con un escritorio de madera y estantes, una sala con muebles modestos pero elegantes y una cocina con una estufa cálida.

Se sentía como entrar a un cuarto secreto, uno al que, sin duda, no pertenecía. Pesados pliegues caían en cascada sobre las altas ventanas, lo que dificultaba saber si afuera era de noche o de día. Su respiración comenzó a acelerarse mientras la esperaba. Miró la colección de porcelanas orientales en los estantes; sobre la repisa de la chimenea, observó un gran retrato de una mujer hermosa, trazado con pinceladas exuberantes. La paleta de placenteros colores y la cálida sensación de movimiento lo impactaron. Estaba a punto de examinarlo cuando se distrajo con el sonido del roce de la seda y el golpe de pasos medidos contra el suelo de parqué. Una voz se hizo presente.

—Henri.

Ahí, parada frente a él, estaba Marthe, con un vestido rosa pálido y el cuello cubierto de perlas.

Se quedaron de pie, a unos pasos el uno del otro. Ella lo examinaba con la mirada, como si estuviera decidiendo entre comprar o no un objeto.

—Bueno... ¡No luces para nada como imaginé! —Dejó salir una risa ligera—. Pero sospecho que yo tampoco.

Él no pudo responder.

Si mis cálculos eran correctos, ella debía de tener cerca de cuarenta años cuando mi padre la conoció, aunque es imposible saberlo con certeza. Años después, cuando yo la conocí, Marthe aún decía tener una edad que era imposible, tomando en cuenta la de mi padre y la mía. Pero este no fue, sin duda, el primer paso en su reinención. Ella me enseñaría poco a poco que no es necesario nacer en la buena vida para llegar a tener una.

Conocí a mi abuela en los últimos meses de 1938, cuando yo apenas había cumplido dieciocho, y un par de años antes de que Europa ardiera bajo la antorcha de Hitler. Saber de ella me sorprendió por completo; fue como una enorme maleta que alguien baja de un ático y de pronto se abre para revelar un tesoro largo tiempo olvidado.

Mi padre pasaba la mayor parte del día atendiendo su pequeña farmacia en la rue Jacob. Desde que mamá murió, él había luchado por encontrar la manera de mantenerme a mí, su única hija, ocupada. Había terminado mi educación cinco meses antes y pasaba casi todo el tiempo soñando con aventuras y escribiendo historias imaginarias y obras de teatro.

Estábamos frustrados el uno con el otro, y que yo estuviera inquieta solo lo empeoraba. Cuando él regresaba del trabajo por las

noches, lo único que quería era estar solo, mientras yo estaba ansiosa por su compañía. Nuestro departamento era oscuro, la pintura de las paredes estaba desgastada y los muebles eran tan solo prácticos. El legado de mi madre lo constituían los libros que llenaban los estantes. Cada vez que tomaba alguno de los volúmenes cubiertos de cuero de su lugar de descanso, una parte de mí dolía y el luto se sentía como una herida abierta.

Cuando una noche me quejé de la falta de emociones en mi vida, él pareció estar al borde de la desesperación.

—¡Discúlpame, no puedo ser más emocionante! —El tono exasperado de su voz fue evidente, y quedó claro que no estaba preparado para los retos de criar él solo a una hija.

Por un momento, nos sentamos uno frente al otro sin hablar. Sus ojos se enfocaron en los libreros antes de posarse finalmente en mí. Primero creí que estaba pensando en mi madre, la mujer que mantuvo la casa limpia, preparó sus comidas y alimentó mi amor por los libros; pero luego, algo inesperado sucedió.

La luz en sus ojos cambió, como si se hubiera topado con un elixir en un gabinete olvidado de su tienda y pensara que ese tónico tenía el poder para aliviar el tedio que me llenaba.

—Conozco a alguien que, me parece, encontrarás interesante... Quizá incluso te dé algo de material para tu escritura... No la he visto en mucho tiempo, pero le escribiré para ver si quiere reunirse contigo.

Tres días después, entró a mi cuarto con una carta en la mano.

—Mañana visitaremos a alguien; no creerás que, de hecho, es familiar mío —lo dijo como si él mismo no estuviera convencido de la veracidad de su afirmación.

—¿Quién? —pregunté perpleja.

—Por fin conocerás a la mujer que me dio a luz: Marthe de Florian.

Al día siguiente, después de comer, nos dirigimos a chaussée d'Antin, en el noveno distrito de París, donde madame de Florian tenía su departamento. En el camino, mi padre me contó que nunca pensó en ella como algo más que la mujer que lo parió, ya que no habían estado en contacto la mayor parte de su vida.

—Lo único que compartimos es su apellido original —dijo mientras negaba con la cabeza—, pero incluso ese lo cambió con el paso de los años.

—¿Y ella sabe que existo?

—Sí. Llevé a tu madre a conocerla antes de que nos casáramos, y luego la visitamos de nuevo para anunciarle que estábamos esperando un bebé. Pero ya lo verás cuando la conozcas: madame de Florian tiene poco interés en el matrimonio o en los hijos...

Levanté una ceja.

—¿Y qué cosas sí le interesan? —Lo presioné.

—Cosas que me parecen tediosas... Su comodidad y placer, su belleza, su creencia de que, de alguna manera, ella está por encima de toda la simplicidad de este mundo.

Casi habíamos llegado a su departamento.

—Es una actriz de tiempo completo, así que prepárate —me advirtió—. Disfruta de tener un público.

Hizo una pausa y me miró. Me había vestido con mis mejores ropas: un sombrero azul marino, un abrigo de lana y, para la ocasión, decidí ponerme uno de los vestidos de mi madre.

—Le vas a agradar mucho, Solange. Eres suficientemente bella para encajar con sus cosas.

—Pero no la has visto en muchos años —le dije a mi padre—. ¿Cómo sabes que todo seguirá siendo agradable?

—No lo sé..., pero sospecho que ha sabido conservarse muy bien. Me atrevería a afirmar que es parte de su naturaleza.

Creo que, en cuanto nos presentaron, nos sorprendimos mutuamente. Al menos yo no esperaba que me saludara una mujer vestida con tanto esmero. El maquillaje le camuflaba el rostro por completo, era imposible pensar que tuviera más de sesenta años, y unas exquisitas perlas le rodeaban el cuello. Pero lo que más nos asombró a ambas fue el gran parecido de nuestros rostros, a pesar de las décadas que nos separaban. Teníamos la misma piel pálida, los mismos ojos azul grisáceo, el cuello alargado y la nariz aguileña.

Mi padre nos presentó con frialdad. Era evidente, por la manera en que se quedó parado en el pasillo, que ese departamento lo ponía nervioso, y que tenía poca tolerancia para pasar tiempo con ella. Se negó a llamarla *mamá* o a presentármela como *abuela*.

—Madame de Florian, permítame presentarle a mi hija, Solange —dijo con gran formalidad.

Ella parecía feliz por nuestra visita. No se molestó en reprender a mi padre por no haber ido a verla en los veinte años que debían de haber transcurrido. Yo aprendería después que ella no calculaba el tiempo de la misma manera que las demás personas; para ella no se trataba de los minutos que pasaban, sino de los momentos que se intercambiaban.

—Un placer —me dijo, extendiendo su blanca y larga mano—. ¿Se quedarán ambos? Puedo pedirle a Giselle que nos prepare té.

—No me es posible, tengo trabajo pendiente —se excusó mi padre—, pero Solange sí lo hará, si eso le parece bien. —Posó su mirada en mí y luego de nuevo en aquella mujer alta, que no parecía ser de su familia—. Desde que su madre murió, ha estado inquieta. Terminó hace poco la escuela y me ha contado que quiere escribir obras de teatro, incluso una novela... Así que pensé que quizá usted podría compartir algunas historias con ella mientras estoy en la farmacia.

—Pero claro, Henri —dijo ella mientras se estiraba para tocar mi brazo—. Ya no estoy tan ocupada como antes y disfrutaría de la compañía de una bella jovencita por las tardes.

Me quedé ahí parada, embelesada. Su voz era melodiosa; sus ojos, llenos de vida.

—Giselle, guarda su sombrero y abrigo. —Una doncella mayor, con vestido negro y delantal blanco, recibió mi abrigo de lana y mi sombrero de fieltro.

—La recogeré a las seis —dijo mi padre, antes de irse, y me llevaron adentro.

Nunca olvidaré la sala principal, dominada por el gran retrato. Sin lugar a dudas se trataba de ella, dibujada con un tornado de pinceladas. Alrededor del cuello lucía el mismo collar que usaba en ese momento, de perlas luminosas y perfectas.

Me vio mirar el retrato y luego la gargantilla.

—Nunca había visto tantas cosas bellas —susurré.

—¡Oh, gracias! —contestó complacida. Luego se sentó en una de las sillas de terciopelo, como si se tratara de un trono.

Creo que ella se dio cuenta de que yo deseaba estudiar todo lo que nos rodeaba en la sala, a pesar de que traté de disimular mi impulso de verlo todo fijamente: la colección de porcelanas, la multitud de obras de arte, sus perlas, la maravillosa pintura sobre la chimenea que me había seducido. No podía quitarle los ojos de encima.

—¿Quién es el artista? —Señalé el retrato. La representación era de tal exuberancia y arte que parecía emitir una especie de pulso en el cuarto.

—¿El artista? —dijo, perpleja—. No es por él por quien deberías preguntar.

—¿No? —respondí sorprendida.

Hizo un movimiento para indicarme que me sentara. Sus ojos parpadearon y alcanzó a tocar su collar. El broche, una pequeña mariposa verde con alas de esmeralda, se deslizó hacia enfrente y quedó a la vista.

—No. La pregunta que deberías hacer es: «¿Cuál es la historia que lo acompaña?». Todo lo que es valioso contiene una historia, Solange.

Acarició ligeramente la mariposa con sus dedos. Nunca había estado con nadie que pudiera cautivarle con un simple gesto de su mano.

—Me intrigas, Solange. Sé que acabamos de conocernos, pero presiento que eres una jovencita que no se escandaliza por la verdad de otra mujer.

La miré a los ojos y noté de nuevo su color. Era el mismo de los míos.

—Hagamos un acuerdo —sentenció—. Las personas más valiosas siempre hacen pactos. Ven a visitarme una vez a la semana y te contaré cómo yo, una niña nacida en los oscuros callejones de Montmartre, logré instalarme en este departamento. No es un cuento para mojigatos ni para corazones débiles; pero, si lo deseas, te narraré la historia de la pintura, así como la de todo lo que sucedió alrededor.

Junto con esa oferta vino una hermosa y extraña sonrisa que se extendió por su rostro, como un abanico abierto.

1
Marthe
París, 1888

Lo primero que ella notó cuando él abrió la puerta fue el inconfundible olor a flores. La fragancia era embriagadora y la llamaba hacia lo más profundo del departamento.

Él se quitó el sombrero y lo puso en una pequeña mesa cerca de la puerta.

—Violetas. —Ella le sonrió.

Él estaba complacido de que hubiera notado el detalle. Podía sentir el cuerpo de ella contra el suyo, y sus dedos viajaron por la curva de su espalda hasta llegar al angosto lugar de su cintura.

—Las pedí esta mañana. Costaron una pequeña fortuna. Violetas importadas de Parma. Me dijeron que eran las mejores.

Ella respingó de felicidad y el sonido de su alegría lo cubrió como una lluvia de luz dorada. Él se había esforzado mucho en la decoración del departamento, que estaba situado en la elegante square La Bruyère. A la derecha se encontraba un gran espejo dorado con una pequeña mesa de mármol. Ocupaban el centro dos porcelanas chinas con forma de calabaza, esmaltadas en el color de la flor de durazno, y un alto jarrón de *cloisonné*. Cuando se adentró más en la habitación, vio que unas puertas francesas se abrían hacia una pequeña sala con paredes tapizadas de seda azul claro. Había

un sofá para dos con patas estriadas y dos sillas *bergère* grandes con cojines en forma de palomas anidando. Sobre la repisa de la chimenea tallada en mármol vio aún más flores, topiarios hechos de orquídeas, hiedra y musgo. Era un departamento de colores pálidos; la paleta había sido elegida para contrastar con el rubor de una mujer y ser un refugio para las palabras suaves y las caricias.

—Quería que te recordara Venecia —dijo él. Ella miró a su alrededor y se detuvo en los pesados pliegues sobre la ventana, que se tejían en tonos plata, rosa y verde Nilo.

—La ciudad donde volví a nacer —le susurró ella al oído. Aquel viaje había sido el primero en el que salía del país, y el recuerdo aún la sobrecogía.

—Así es. —Asintió él, mientras su mano se deslizaba por el brazo desnudo de ella.

La había llevado a una habitación cerca de la Accademia, donde el aire se impregnaba con el olor a glicina y el agua era del color del jade. Habían caminado tomados del brazo por un puente de madera y por otra docena más hechos de piedra.

Por la noche, él había deslizado la colcha de seda roja que cubría aquella cama de postes tallados en espiral y se maravilló con la belleza de su cuerpo. Ella cerró los ojos, y su vida anterior pareció desvanecerse.

A la tarde siguiente la llevó al Florian, en la Piazza San Marco, una de las cafeterías más antiguas y famosas de Europa, un lugar donde la gente más bella y refinada iba a pasearse para ser admirada.

—Mathilde Beaugiron —él pronunció su nombre como si fuera un postre que no le daba placer—. Ese nombre... no es adecuado. No te hace justicia.

Ella levantó la barbilla y lo vio a los ojos.

—Necesitas un *nom de guerre*.

Ella no contestó nada. Le daría el placer de renombrarla. Aprovechando la pausa que se tendía entre ambos, posó en sus labios

la humeante taza de chocolate caliente. Él exploró con la vista el lugar, sus paredes decoradas con figuras elegantes, espejos y lámparas de bronce. Luego la miró otra vez.

—Marthe de Florian... —Extendió un dedo y la tocó por debajo de la barbilla mientras lo decía—. Es el nombre perfecto para ti.

Ella arqueó los labios, dibujando una sonrisa. El café Florian era suntuoso y elegante; le encantó que Charles pensara que el nombre le quedaba bien a ella.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Mucho —contestó ella—. ¿Quién hubiera pensado que sería tan fácil que olvidara mi nombre y empezara de nuevo con otro?

Él se echó hacia atrás, en el profundo acolchado del asiento, y sacó su pipa, la cual tenía una boquilla esmeradamente tallada en forma de una garra de águila que sostenía un huevo. Ella observó cómo la colocaba entre sus labios y encendía con soltura el tabaco en la cazoleta. Sus movimientos eran elegantes y seguros. Lo miró como una estudiante recibiendo una clase silenciosa. Él cerró los ojos brevemente y una nube de humo azul flotó en el aire. Podía ver que su nuevo nombre, combinado con el tabaco, lo llenaba de satisfacción.

Desde el momento en que dejó ir su nombre original, Mathilde, una maravillosa impresión de ingravidez se apoderó de ella. *Marthe de Florian* evocaba belleza y posibilidades infinitas. Se sintió libre.

Mientras estaban en Venecia, se sumergieron en una ilusión. Se hundieron en una tina tan profunda como una tumba romana, comieron platillos que sabían a océano y bebieron vino en copas de color amatista y dorado.

Ella le dio la bienvenida a su nombre y a su nueva vida. Qué maravilloso sería borrar su pasado y los recuerdos de su infancia, con sus cuartos oscuros y sucios. Ella sería como una artista con

un pincel sumergido en yeso, con el que blanquearía el lienzo de su existencia previa: su madre de rostro cansado y mirada nublada, las canastas llenas de ropa ajena que necesitaba lavarse, la ventana que daba a un callejón lleno de muebles rotos y basura.

Para ella no habría más cuartos fríos, no más despensas vacías ni caseros que amenazaran con echarla. Nunca más tendría que usar vestidos que necesitaran arreglos o zapatos que se llenaran de agua cuando lloviera. A partir de entonces solo cultivaría el placer y lo ofrecería a los otros. Viviría en el esplendor, como aquellas otras chicas que habían aceptado el cuidado de un benefactor rico, mujeres que se mantenían tan secreta y lujosamente como joyas invaluables.

Volteó hacia Charles y agitó sus pestañas mientras le acariciaba la mejilla. A través de la cortina de humo, observó cómo sus ojos centelleaban cuando lo tocó. Llegarían a un acuerdo: él la mantendría. Su expresión lo afirmaba, y la sonrisa fue para ella el sello que cerraba el trato.

Hicieron juntos el viaje en tren de Venecia a París, en un compartimiento privado con paneles de caoba. Durante el día, se asomaba por las ventanas y veía pueblos hechos de piedra y tierras de cultivo que se extendían llenas de canola amarilla y barriles de trigo. Por la noche, se vestían para cenar y bebían champán en copas altas, mientras las ruedas de la locomotora retumbaban debajo de sus asientos de terciopelo.

Ella veía cómo él observaba su reflejo, atrapado en los cristales de las ventanas del vagón que funcionaba como comedor, con las pesadas cortinas rojas plegadas a los lados. Nada en el paisaje de la tarde podía competir con su rostro, pues el exterior era tan oscuro como la tinta. Tomó la copa con sus alargados dedos y dio un sorbo al champán; cuando sus labios se encontraron con el borde, lo vio sonreír a través del cristal.

Ella tenía una forma artificiosa y deliberada de moverse. Hacía poco había aprendido la manera de sostener los cubiertos para asegurarse de que su cuchillo y tenedor no hicieran ruido contra la porcelana. Pero antes, ya dominaba el arte de cuidar su apariencia. Estaba envuelta en sus elegantes galas, vestida para la noche, hasta el momento en que él la tuviera para sí en su compartimiento privado.

La capa de terciopelo negro, forrada de satín rosa, que él le había comprado en una tienda cerca de San Marco, cubría sus hombros. Ella sabía con precisión la forma en que se la abriría; se soltaría el cabello solo después de que el botones hubiera arreglado la cama; se pararía frente a Charles y se quitaría cada capa de ropa. El vestido de seda *faille*, la blusa, el corsé, el fondo, la enagua y el ligero con la maraña de cintas y encajes. Se quitaría las peinetas de plata que él le había dado cuando se conocieron y se las pasaría por el cabello rojizo, como el de la *Flora* de Tiziano. Se voltearía hacia él y dejaría que la desabrochara y desatara hasta que estuviera completamente desnuda.

Ahí descubriría las cosas que le dejaría ver. Sus suaves extremidades y sus pezones, rosados como una flor joven. Le permitiría acariciar sus senos y le dejaría libre el paso para que sus dedos se hundieran en su cintura. Ella sería su flor, abriéndose y humedeciéndose al roce de su mano.

Tenía veinticuatro años y era una aprendiz del amor y de las sensaciones. Fue él quien le enseñó las cosas hermosas, como la poesía de los lugares y la necesidad de momentos de silencio entre la charla. Lo importante del color después de un momento de oscuridad, o del contraste entre la porcelana blanca y las sábanas cuando uno quiere agasajarse.

Él fue el único que mandó orquídeas cuando ella se presentó en el teatro. Cinco tallos perfectos. Le escribió en una tarjeta:

Tu belleza no es como la de las demás. Albergas a las estrellas en tus ojos, a la luna bajo tu piel.

Charles

PD: Soy quien sostendrá la sexta orquídea afuera del teatro, en caso de que quieras ir por una copa de champán.

Las otras chicas nadaban en rosas rojas, ramilletes atestados de flores entre guirnaldas verdes, con tarjetas de hombres invitándolas a reunirse después del espectáculo. Cada uno de estos pretendientes tenía una esposa, niños dormidos en sus camas o en un internado lejano. Y todos iban al teatro para una noche de diversión que no terminaría cuando el telón descendiera y los aplausos se acallaran. Al contrario, esa era la señal de que la noche acababa de comenzar.

Era joven y hermosa e irradiaba un resplandor que la diferenciaba de las demás. Era un espécimen perfecto para exhibir en París, una ciudad cada día más famosa por su habilidad de iluminar y seducir. En los últimos cinco años se había emprendido su renacimiento urbano. Las calles estaban llenas del contraste entre pesados herrajes negros y guantes blancos como la leche que, pasada la medianoche, agitarían sus largos dedos de luz.

Las luces de gas sustituían las velas en la iluminación del escenario, mientras las mujeres hacían reverencias y los hombres estudiaban sus programas de mano para recordar los nombres de las bailarinas más bellas. Tras bambalinas, las chicas se quitaban el vestuario y los corsés y respiraban de nuevo una vez liberadas de la presión de las varillas y el encaje. Conforme llegaban los infinitos arreglos florales, se aplicaban de nuevo su polvo blanco, su labial rojo y su rímel en capas negras y brillantes.

Al igual que a ellas, lo que había atraído a Marthe al teatro era la posibilidad de ser alguien más por unas cuantas horas, dejar su vida humilde y reinventarse entre la belleza de la fantasía.

Abandonó su primer trabajo de costurera en una sastrería después de quedar embarazada, episodio que quería desesperadamente olvidar. Intentó, con gran esfuerzo, borrar de su memoria al hombre que la había puesto en tan terrible estado, quien le había dejado claro que no tenía la menor intención de hacerla su novia ni de reconocer al niño como propio. Intentó olvidar esos horribles meses en los que luchó para ocultar su embarazo. Cubrió sus pechos hinchados usando escotes más altos. Subió la cintura de su vestido y se puso faldas más voluminosas. Pero cuando finalmente fue incapaz de ocultar su condición, su empleador, monsieur Brunet, le informó sin piedad que había encontrado otra costurera para que ocupara su lugar.

Su amiga, otra costurera llamada Louise Franeau, le ofreció la solución perfecta. Cuando Louise tomó al pequeño Henri en sus brazos y le prometió cuidarlo como si fuera suyo, Marthe se convenció de que esa era la mejor manera de dejar atrás aquel capítulo de su vida.

—¿Estás completamente segura? —le preguntó Louise, con el bebé recargado contra su pecho.

—Sí, lo estoy. —Su voz estaba sumergida en cansancio. Aún estaba en cama, y cada parte de su cuerpo, en carne viva por el parto que había tenido lugar unas pocas horas antes. La partera se había mostrado impaciente mientras ella gritaba de dolor. Todavía sentía fuego ardiendo entre sus muslos.

No miró a Louise ni al niño que había crecido dentro de ella durante los últimos nueve meses. En vez de eso, comenzó a imaginar que una enorme distancia los separaba. En el borde de la ventana, un pequeño gorrión se asomaba desde afuera. Se negó a apartar los ojos del pájaro. No miraría al bebé que apretaba el dedo de Louise en busca de leche.

Los pechos le dolieron. El bebé comenzó a llorar, y en su interior sintió un tirón insostenible. Sin embargo, sabía que si lo tomaba en sus brazos y lo alimentaba, su convicción se esfumaría.

Podía sentir cómo la caja de acero alrededor de su corazón comenzaba a debilitarse.

—Llévatelo, por favor —dijo con voz entrecortada—, pero asegúrate de que una nodriza lo alimente.

—Ya hay una afuera esperándolo —le confirmó Louise.

—Entonces vete, por favor —dijo, luego se volteó. La cara hirsuta y afilada del ave aún se asomaba por la ventana. Su mirada aguda e inquebrantable la lastimaba como si fueran garras y la hacía liberar su leche como un río de lágrimas.

Los días que siguieron no habló con nadie. En cambio, se prometió ser más fuerte, olvidar, hacer un torniquete alrededor de su corazón. Ató sus pechos fuertemente con varios metros de muselina hasta que toda la leche se secó. Pasó horas diseñando un corsé especial que le permitió ajustar los cordones desde el frente. No tuvo piedad para apretar la prenda cada día un poco más, hasta que recuperó su silueta.

Una semana más tarde, se puso un sencillo vestido de algodón y exhibió con orgullo su figura de reloj de arena. Luego, entró en la tienda de ropa de los hermanos Gouget, en la rue Montorgueil, para obtener un puesto de costurera.

Comenzó el nuevo trabajo de inmediato, pero no encontró consuelo en la aguja y el hilo. Tenía una inquietud clavada. A pesar de todo, aún era joven, tenía veintiún años, su belleza había regresado y se encontraba hambrienta de las cosas que existían fuera de la tienda. París estaba llena de emociones. Monsieur Eiffel había comenzado a construir su impresionante torre de acero y las calles se llenaban de las modas más extraordinarias.

No podía imaginarse usando esos vestidos suntuosos, hechos de lujosas sedas y encajes. Las distintas mujeres que entraban en la tienda de los hermanos Gouget rara vez tenían una figura que pudiera rivalizar con la suya. Pero ninguna notaba a la pobre cos-

turera que, de rodillas, ajustaba los patrones de muselina contra sus elaborados corsés blancos, doblaba sus vestidos y ajustaba los puños de sus mangas.

En un arranque, decidió ir a una audición para chicas del coro con otra de las costureras de la tienda a quien un día le habían informado de una convocatoria abierta en el lujoso teatro Les Ambassadeurs.

—Quisiera poder ir —le había dicho a Camille—, pero me temo que mi manera de bailar y mi voz no tienen nada de especiales.

—Lo que te falte en las cuerdas vocales lo compensarás con la forma en que llenes el vestuario —la incitó Camille.

Sabía que era verdad. Todos los rastros de su embarazo se habían ido. Su cuello era tan largo y tan delgado como un tallo de tulipán; el busto, generoso, y su cintura podía rodearse con dos manos firmes. Cuando era la modelo en la tienda para hacer ajustes de ropa, las otras costureras adulaban sus perfectas proporciones y su rostro cobraba vida cuando la seda le cubría la piel.

Así que fue al teatro con Camille. Se paró en el escenario de madera con las luces iluminando su piel. Contempló las líneas de asientos casi vacíos y no se intimidó. Al contrario, la inmensidad del espacio la emocionó. Casi al instante pudo imaginar los asientos ocupados, con todos los ojos puestos en ella y en las otras cantantes, vestidas con trajes mucho más hermosos que cualquier prenda que ella tuviera.

Un hombre llamado Julian gritaba los nombres de las chicas que estaban haciendo la audición. Les dijo que cada una podía elegir la canción que le gustaría cantar.

Marthe sabía pocas canciones de memoria, así que eligió «Vive la Rose» porque era romántica y lírica; además, el rango vocal tampoco era muy complicado, por lo que sería capaz de proyectar la voz. Cuando la lista de las chicas que habían sido seleccionadas se publicó fuera del teatro, se acercó a Camille y juntas buscaron sus nombres en la lista.

—¡Tu nombre! —gritó Camille—. ¡Mathilde Beaugiron! ¡Ahí estás! —Su dedo señalaba la línea de escritura cursiva en tinta negra. Camille, que no había sido seleccionada, no mostró más que alegría por ella, sin celos ni envidia—. ¡Aquí pagan cinco sous más a la semana que en la tienda!

Pero no era solo el dinero extra. Era la oportunidad de reinventarse, sentirse viva y brillar bajo las luces. La euforia se apoderó de ella. Caminó de regreso a la tienda con Camille y, más tarde, después de dejar la aguja y el hilo por lo que creía sería la última vez, informó a los hermanos Gouget.

—¿Te vas para ser corista en un espectáculo de cena y baile? —preguntó uno de ellos, incrédulo.

Ella se irguió y los miró con sus enormes ojos celtas.

—Sí, y también para hacer un poco de actuación.

Vio cómo los ojos de los hermanos se posaban en sus pechos por última vez, como si la partida de estos fuera lo que más los entristeciera. Leer su nombre en la lista le había dado una nueva confianza en sí misma.

—Pero antes de irme, necesito mi salario de esta semana.

Su iniciativa los sorprendió e incluso ella se asombró de lo rápido que salieron a buscar los diez sous que le debían.

—Bueno, entonces, adiós —dijo, y guardó los billetes doblados dentro de su bolsa—. Si llegan a extrañarme, pueden ir a verme al escenario de Les Ambassadeurs.

Dicho eso, tomó su bolsa y caminó orgullosa hacia la puerta.

Al principio, las chicas del teatro no la recibieron bien. Miraron su amplio escote, sus pantorrillas torneadas, y vieron en ella una competencia. Se reían a sus espaldas de sus maneras recatadas, de sus corsés color leche y de su enagua sin orilla de encaje. Pero subestimaron su atención por el detalle, su deseo de hacer más por sí misma que solo bailar y cantar.

Nunca le habían gustado los chismes ni las conversaciones sin sentido. Prefería observar, así que estudió a las otras mujeres como si esa fuera su propia forma de aprender. Cuando estaba sola en el vestidor, examinaba en secreto las etiquetas de sus ropas para descubrir los nombres de las tiendas que preferían. Tomó nota de los corsés brillantes que usaban debajo de sus batas de seda, con sus destellos de color que se asomaban como una invitación. Aprendió cuáles flores exóticas las impresionaban y cuáles hacían a un lado.

Durante sus primeros meses en Les Ambassadeurs, todavía no había aprendido a explotar completamente sus encantos. Cantaba enfocada en la puerta trasera del teatro, con los ojos al frente, y nunca actuó de forma provocadora. Y así, noche tras noche, ni un solo ramo llegaba para Marthe. No fue hasta que una de las otras bailarinas sintió pena por ella cuando recibió un consejo que cambiaría su destino.

—Cuando cantes, busca un par de ojos y enfócate en ellos. Así, ese hombre creerá que le cantas solo a él. —La chica se acercó a Marthe—. Y no olvides que a veces la parte más sensual del cuerpo es la que nunca pensaron ver.

En su siguiente actuación, Marthe se tomó esas palabras en serio. Buscó entre el público el par de ojos que ardían más intensamente. Pertenecían a un hombre delgado y guapo que vestía una chaqueta elegante, sentado en una de las mesas más cercanas al escenario. Cuando notó que sus ojos se iluminaban al verla, inmediatamente se aferró a su mirada y dirigió la letra de la canción solo a él. Cuando una manga se deslizó de su hombro, revelando una curva de piel blanca y pulida, sintió la fuerza de esos ojos sobre ella. Él sonrió, incluso después de que las luces se habían apagado.

Charles iba a verla todos los miércoles, le enviaba orquídeas y siempre tomaba el asiento más cercano al escenario. Ella espera-

ba la llegada de su carruaje afuera del teatro, la puerta lacada en negro abriéndose, el rápido tirón de su mano llevándola dentro. Memorizó el olor de los asientos de cuero, una mezcla de sándalo y piel, potente e inmediata, y el perfume oriental del tabaco que brotaba de su pipa formando nubes azules. Distinguía los sonidos de su falda bajo las manos inquietas de Charles. Reconocía el sabor de esa lengua cuando tocaba la suya.

Por casi seis meses ese carruaje fue su nido de amor, mientras el chofer guiaba con pericia a los caballos por las calles más vacías de París.

Podían hacerse tantas cosas dentro de los límites de la madera pulida y el vidrio, Marthe pronto se convirtió en una acróbata experta. Arqueaba la espalda contra la esquina de las paredes revestidas de damasco y levantaba las piernas en ángulos medios. Se le ofrendaba debajo de las capas de su vestido.

Su guardarropa se componía ya de una gama de sedas brillantes y encajes caros. Para placer de ambos, ella se aseguraba de usar sus regalos, un vestido de Callot Soeurs y un ligero negro de la tienda de lencería más cara de París. Todos los miércoles esperaba ansiosa a que cayera el telón y pudiera estar de nuevo en sus brazos, con las ruedas del carruaje girando debajo de ellos y la luz de la luna revelando aquellas cálidas y blancas áreas de su cuerpo que él lograba descubrir hábilmente.

La primera vez que la vio completamente desnuda fue en el viaje a Venecia; su cuerpo desprovisto de la corsetería, sus miembros al fin libres para moverse y estirarse sin la limitación del pequeño asiento. Mientras él se bañaba, ella se quedó acostada en la cama. Lo esperó sin bata, sin siquiera el material más delgado entre la ropa de cama y su piel. Esa vez no habría ligeros, cintas ni encaje. La sorpresa sería la ausencia de cualquier velo; su cuerpo completamente desnudo.

Él retiró las mantas y, cuando la lámpara de gas parpadeó en el buró, ella percibió que los ojos del hombre se empapaban al verla. Sintió su deseo con toda potencia y ondulaciones. El hambre, la sed, la idea de que ella era toda suya para ser tocada y poseída.

Se regocijaba de ser amada, de ser adorada, de ser tocada por manos tan gentiles y refinadas. Su pasión tenía una nueva música. Más allá de la respiración y los pequeños quejidos, surgió un placer nuevo, el de ser dos viajeros desconocidos en una ciudad exótica lejos de la suya. Ahí, libres de la posibilidad de ser reconocidos, él le permitió colocar el brazo bajo el suyo mientras caminaban con descaro a la luz del día veneciano. Ahí, él no miraba su reloj ni la abandonaba después de que las caricias se le hubieran enfriado en el cuerpo. Ahí, ella era preciosa para él, tanto en el día como en la noche. Y eso la emocionaba.

Él le había prometido que tendría un lugar propio a su regreso, pero ella no quiso hacerse ilusiones y esperó a ver si él cumplía su palabra porque sabía, más que nadie, que un hombre podía tomar lo que quisiera y luego no dar nada a cambio.

Pero Charles sí cumpliría su promesa. Presionó la pesada llave de bronce en su mano y luego la condujo a través de las habitaciones de su nuevo departamento. El lugar era incluso más hermoso de lo que ella podría haber imaginado, con habitaciones que se conectaban entre sí.

—Es todo para ti.

Ella sintió su voz como una caricia, una brisa de aire en la nuca.

Se quedó sin aliento cuando llegó al dormitorio. Una gran cabecera tapizada en seda y bordada con mariposas ocupaba la mayor parte de la habitación. A la izquierda, un rayo de luz se derramaba desde las altísimas ventanas. Había otra chimenea con diseños tallados, un espejo grande enmarcado en flores doradas y, finalmente, la fuente del perfume: sobre la repisa de la chimenea, cinco floreros pequeños, cada uno colmado de violetas.

—Para nosotros —le susurró ella.

Marthe sintió sus manos sobre los hombros, luego en la cintura. Percibió que se acercaba como lo hizo cuando la locomotora se movía debajo de ellos. La fragancia de la habitación la hizo sentir mareada. Y la cama se sintió suave cuando él atrajo a Marthe hacia sí.